

PREGÓN DE SEMANA SANTA San Lorenzo de El Escorial - 2014

Rvdo. Sr. Cura Párroco Arcipreste, Ilmo. Sr. Alcalde y Sres. Concejales, Sr. Portavoz y demás componentes de la Junta de Cofradías, Sr. Delegado de Patrimonio Nacional, señoras y señores todos, hermanos en Cristo Jesús:

Quiero, ante todo, agradecer a la mencionada Junta de Cofradías el honor que me ha brindado de elaborar y dirigirles este Pregón de la Semana Santa del año del Señor 2014, honor y confianza a los que espero corresponder debidamente, pues no soy experto en este tipo de acontecimientos y me veré obligado a hablarles fundamentalmente desde mi condición de monje, de un simple monje que vive diariamente al pie de la Santa Cruz, signo de nuestra salvación y resumen del verdadero misterio de la vida humana.

La actividad procesional de la Semana Santa goza de una honda tradición en España y ha sido siempre una de las manifestaciones más llamativas, más hermosas y al mismo tiempo más profundas también de la vivencia espiritual del pueblo fiel. En San Lorenzo de El Escorial posee un arraigo consolidado y es mucho más antigua que en otras poblaciones de la Comunidad de Madrid. Recuerdo cómo de niño me impresionaba ver una procesión por las calles de este municipio y la devoción de la gente que las seguía y que se agolpaba para esperar su paso.

Lamentablemente, no han faltado críticas, incluso desde ámbitos que se dicen católicos, a las procesiones de Semana Santa, como si fueran un ejemplo de una piedad superficial, epidérmica y sin fundamento real. Algunos las han querido ver como el ejemplo manifiesto de un fanatismo que habría que desterrar, al igual que han pretendido reducir la religión en su conjunto al ámbito de la esfera privada. Pero no sólo es el laicismo más o menos agresivo el que ha acosado a las procesiones (en ocasiones incluso violentamente, o como sucedió en los años 30 en España al llegar a prohibirlas en no pocas localidades), sino que también, como he indicado, a veces una actitud hostil ha existido tristemente entre algunos que presumían de poseer una espiritualidad más pura, más profunda y más culta, y que en realidad quizá no lo era tanto.

Bien entendidas, las procesiones de la Semana Santa española son la expresión de una fe que arraiga en lo más hondo del alma de la nación española y de las almas de muchos españoles, quienes en el fondo saben que el ser humano tiene que dar una respuesta vital a Dios, su Creador, su Señor y su Redentor. Los misterios de la Semana Santa –misterios de dolor y de muerte, pero también de la vida que finalmente triunfa de forma gloriosa–, tocan lo más íntimo del hombre, porque reflejan el misterio mismo de la existencia humana. La rica imaginería española, la escultura española de la Semana Santa, ha sabido captar esto de una manera magistral: desde las piezas más impactantes de un Gregorio Fernández, de un Mena o de un Salzillo, hasta las que sin tanta perfección artística, pero con no menor devoción, logran representar a un Cristo y a una María Santísima sufrientes, haciendo que el fiel que las contempla al pasar por delante de ellas perciba que ahí se encuentra su razón de ser y la razón de su salvación.

Nadie queda indemne ante un Cristo atado a la columna, un Cristo crucificado, un Cristo muerto en brazos de su Madre... o un Cristo resucitado. Quien lo contempla,

siente nacer en su corazón y en su alma la compasión, el agradecimiento por su propia salvación a través del dolor y de la muerte –dolor y muerte asumidos por amor– y un consiguiente deseo de conversión interior. Los escultores españoles, principalmente renacentistas y barrocos, y los que luego han imitado con frecuencia el estilo de aquéllos al elaborar sus imágenes para los pasos, han demostrado su fe y su calidad artística al saber hacer llegar al fiel estas realidades y lograr suscitar en él tales sentimientos. Pero la excitación de esta sensibilidad no quiere quedarse en un mero y superficial sentimentalismo, sino que, como indico, pretende más bien ser el medio para hacer brotar otras actitudes más profundas de conversión y de profundización en la fe y en la vida espiritual. Los imagineros que han sabido hacer esto, se han valido de la realidad sensible del ser humano para llegar a entrar en su alma.

¡Bendita religiosidad popular, tantas veces incomprendida y denostada por quienes se consideraban más intelectuales y elevados! Aunque indudablemente en ocasiones hubiera y haya que depurar no pocas deficiencias y adherencias ajenas a la fe o procedentes de una fe mal entendida (no digo que éste sea el caso de San Lorenzo de El Escorial ni tampoco en general el de Castilla precisamente, donde hay una seriedad manifiesta ante la vida y ante la piedad), la religiosidad popular ha sido muchas veces el bastión de la fe y demuestra además que el pueblo sencillo encuentra en la fe el sentido profundo de la vida. Cuentan de un predicador protestante que en una población del norte de España fue obteniendo grandes éxitos, pero al llegar el momento de las procesiones y romerías del lugar, todos sus logros se comenzaron a venir abajo y afloró de nuevo la fe católica, mucho más profunda, del pueblo fiel. Aquel predicador tuvo que regresar a sus Islas Británicas natales con las manos vacías.

Las imágenes y las procesiones de la Semana Santa contribuyen de forma poderosa, por tanto, a alentar la fe del pueblo. Valiéndose de una expresión sensible, suscitan la comprensión del entendimiento racional del hombre y llegan finalmente a tocar la intimidad de su alma espiritual. De ahí que una vivencia auténtica de la Semana Santa deba animar también a la participación en los Santos Oficios del Jueves y del Viernes Santo, en la Vigilia Pascual y en las Misas del Domingo de Ramos y del Domingo de Resurrección, amén de conducir a la asistencia a la Misa dominical a lo largo del año –y mejor aún si es más frecuente y diaria– y a una vida de oración y de búsqueda de Dios, de un Dios que por amor al hombre se ha hecho Él mismo hombre en la persona del Hijo para morir en la Cruz y darnos la vida eterna. La Semana Santa tiene que hacernos penetrar en lo más profundo del misterio del amor infinito de Dios, hacia el cual sólo cabe por nuestra parte una correspondencia de amor.

La Semana Santa nos descubre el misterio desbordante del amor de Dios a través del misterio de la Pasión de Cristo, que culminó en la Cruz y en la Resurrección. Con respecto al momento de la Agonía en el Huerto de los Olivos, Santo Tomás Moro, prisionero en la Torre de Londres en 1534 antes de sufrir el martirio, meditó y redactó un tratadito sobre ella que no pudo completar porque le quitaron cualquier instrumento para escribir. En él dice algo muy importante para nosotros: “La meditación sobre la agonía [de Cristo] produce un gran alivio en quienes tienen el corazón lleno de tribulaciones, [...] porque para consolar al afligido [...] quiso dar a conocer nuestro Salvador, en su bondad, su propio dolor” (Santo Tomás Moro, *La agonía de Cristo*, I, 6). “Quien se vea totalmente abrumado por la ansiedad y el miedo que podría llegar a desesperar, contemple y medite constantemente esta agonía de Cristo rumiándola en su cabeza. Aguas de poderoso consuelo beberá de esta fuente. Verá, en efecto, al pastor

amoroso tomando sobre sus hombros la oveja debilucha, interpretando su mismo papel y manifestando sus propios sentimientos. Cristo pasó todo esto para que cualquiera que más tarde se sintiera así de anonadado pudiera tomar ánimo y no pensar que es motivo para desesperar” (ibid., I, 8).

Esto que Santo Tomás Moro dijo con respecto a la Agonía, lo han dicho muchos santos más acerca en general de la Pasión de Cristo: ella es fuente de consuelo para nosotros y en ella encontramos a Cristo como el modelo de todas las virtudes; la Pasión ha sido la fuente de nuestra salvación y lo sigue siendo, pues se realiza de nuevo, ahora de forma incruenta, cada vez que se celebra la Santa Misa. Por eso no existe nada igual al Santo Sacrificio de la Misa sobre la faz de la tierra. ¡Lástima que tantas veces se celebre de cualquier manera y que haya sacerdotes que no le den la mayor importancia! No es extraño entonces que el Santo Maestro y Doctor Juan de Ávila llegara a preguntarse y a exclamar con dolor: “¿Por qué los sacerdotes no son santos?” (*Plática para un sínodo diocesano de Córdoba en 1563*).

Misterio de la Cruz: misterio del amor infinito de Dios. La cruz era la muerte más ignominiosa, más deshonrosa y más cruel en el antiguo sistema penal romano: estaba destinada para los peores malhechores, para los esclavos, para los carentes de ciudadanía romana... La muerte en la cruz era así símbolo de derrota y de debilidad, y así la quisieron ver Nietzsche y sus seguidores, entre ellos el filósofo nacionalsocialista Alfred Rosenberg: para todos éstos, la moral cristiana era en consecuencia una moral de la debilidad, y la caridad no era más que causa de degeneración social y política porque significaba la protección a los débiles, a los enfermos, a los inferiores, siguiendo el modelo de un Cristo débil. ¡Pero la visión realmente débil fue la de estos filósofos, porque bien lo entendió San Pablo al decir que la Cruz enseña “la fuerza de la debilidad”!

En efecto, en palabras tuyas: “El Señor me ha dicho: «Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la debilidad». Con sumo gusto, pues, me gloriaré más bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo. Por lo cual me agrado en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos, por el nombre de Cristo. Porque cuando flaqueo, entonces soy fuerte” (2Co 12,9-10). En consecuencia, “debemos nosotros, los fuertes, sobrellevar las flaquezas de los débiles y no complacernos a nosotros mismos” (Rom 15,1). Y esto es así porque “lo débil de Dios es más fuerte que [la fuerza de] los hombres. [...] Lo débil del mundo lo escogió Dios para confundir lo fuerte” (1Co 1,25.27).

De esta manera, el aparente fracaso humano de Jesucristo es su éxito verdadero; su aparente derrota es su victoria; su Muerte nos ha dado la vida; por la Muerte se llega a la Resurrección y la Gloria: *per crucem ad lucem*.

La Resurrección de Cristo es su triunfo sobre el pecado y sobre la muerte, la victoria que nos ha devuelto la gracia perdida y nos conduce a la vida eterna y a la contemplación del supremo misterio de amor: el amor existente entre las tres personas de la Santísima Trinidad. La Cruz se ha convertido así en símbolo de vida, señal de honor y anuncio de gloria. Cristo ha vencido en la Cruz, y por tal motivo podemos hablar del Triunfo de la Cruz. La Cruz, por Jesucristo, es señal de esperanza, manifiesto de perdón y redención, expresión máxima del amor de Dios: “nadie tiene amor más

grande que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13). “Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor” (Jn 15,9).

La Semana Santa tiene que ser vivida comunitariamente, a nivel de Iglesia, y personalmente, en el interior de cada uno. Cuando uno vea ante sus ojos un paso en una procesión, tiene que meditar y hacer suyas aquellas palabras de San Pablo: Cristo “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Es verdad: la Pasión de Cristo me ha redimido, a mí, como a cada uno de los hombres que estemos dispuestos a aceptar sus frutos. Cristo ha muerto por amor a mí, porque me ha amado hasta el extremo (cf. Jn 13,1). Ha pagado la satisfacción redentora por mi pecado, lo que yo debía pagar a Dios pero yo no podía hacer, pues la distancia entre Dios y yo era tan grande que sólo el Hombre-Dios, Jesucristo, podía salvarla. Por eso la Encarnación del Hijo de Dios y su Pasión es la culminación del amor de Dios a los hombres.

Esto llevaba al gran filósofo y teólogo benedictino San Anselmo a exclamar: “Adoro, venero y glorifico en ti esta Cruz que Tú nos representas, y en ella a ese mismo misericordioso Señor; por ella ha realizado su obra de misericordia” (*Oración 4ª*). “¡Oh Señor Jesucristo, redención mía, mi misericordia y mi salvación!, te alabo y te doy gracias, y aunque estas alabanzas están muy por debajo de tus beneficios, muy vacías de la verdadera devoción, y sean muy pobres en proporción de la abundancia, que envidio, de tu dulce amor por nosotros, sin embargo sé que te las debo, y no solamente tales cuales son; mi alma se esfuerza y hace lo que puede para pagarte su deuda. ¡Oh esperanza de mi corazón, fuerza de mi alma, auxilio de mi debilidad!” (*Oración 2ª*).

San Ignacio de Loyola incide en los Ejercicios Espirituales en esta contemplación de que Cristo ha padecido por mí y ha muerto por mí e invita a hacerme presente en la misma Pasión de Cristo, donde Él me ha amado hasta el extremo y me ha redimido con sus sufrimientos y con su muerte salvadora. Ciertamente Cristo sufrió la agonía en el Huerto conociendo mis futuros pecados; fue azotado por mis pecados; cargó con mis pecados al cargar con la Cruz; fue atravesado por los clavos de mis pecados; la lanza de mis pecados le atravesó el Corazón; murió por mis pecados; derramó su Sangre redentora por mis pecados. Todo lo hizo por amor a mí y no me reprocha nada: sólo me pide mi amor. Él ha padecido y muerto por amor a mí y sólo me pide en compensación mi amor. Y aunque yo no le ame ni le agradezca lo que ha hecho por mí, Él me sigue amando y sigue llamando pacientemente a la puerta de mi corazón, esperando mi respuesta. Contemplemos a Cristo sufriente y hagamos nuestro este maravilloso soneto de Lope de Vega:

“¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las Llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
‘Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!’
¡Y cuántas, Hermosura Soberana:
‘Mañana le abriremos’ – respondía –,

para lo mismo responder mañana!”

Jesucristo me llama, nos llama a cada uno de nosotros, invita a corresponder a su amor. Cuando contemplemos un paso de Semana Santa, cuando sigamos una imagen, cuando revivamos en los Santos Oficios los misterios de su Pasión, vivámoslo así. Tengamos presente además que Él quiere asociarnos, quiere asociarme a su Pasión y Muerte redentoras, lo mismo que a su Resurrección y Ascensión gloriosas, para participar en su obra redentora. No quiere salvarme sin mí: no quiere hacerlo sin mi consentimiento y sin mi colaboración, sin mi voluntad y sin mi libertad. Para eso me da la gracia, que es la misma vida íntima de Dios, del amor intratrinitario entre las tres divinas Personas: por medio de la gracia me es posible cooperar con Cristo y salvarme. Y al ofrecimiento de Jesús corresponde por mi parte un “sí” que Él está esperando de mí.

Dice San Pablo: “Ahora me gozo en mis padecimientos sufridos por vosotros y completo, por mi parte, lo que faltaba de la Pasión de Cristo en mi carne por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24). Frase que no deja de ser sorprendente en una primera lectura, pues de inmediato se plantea uno: ¿qué puede faltar a la Pasión de Cristo si es en sí misma perfecta? Ciertamente, no es que falte algo a la Pasión; lo que quiere decir San Pablo es que Cristo desea asociarnos a su Pasión redentora, hacernos colaboradores de su obra redentora, cooperadores suyos, auténticos corredentores aunque, lógicamente, en grado subordinado. ¿Y cómo hacerlo? Ofreciendo a Dios nuestros sufrimientos, dolores, padecimientos, enfermedades... tanto físicos como morales, en unión con la Pasión de Cristo. Los enfermos se pueden convertir así en colaboradores privilegiados de la Pasión y de toda la obra redentora de Cristo, pero también todos los que sufren cualquier padecimiento moral acentuado: dolor de los padres por hijos separados o drogadictos o con mala vida moral, dolor de los padres por hijos enfermos, dolor de los hijos por padres separados, dolor por sufrir acusaciones injustas, dolor por sufrir persecución religiosa, etc.

En esta asociación a la Redención de Cristo, la primerísima y principal colaboradora ha sido la Santísima Virgen María, verdadera “Corredentora” con Cristo, como la reconoció incluso un Papa, Pío XI. Por supuesto, lo es en grado subordinado a Cristo, pero por su estrecha unión con su Hijo, Ella es la Socia del Redentor, como la llamaba el Venerable Pío XII. Por Ella nos vino el Redentor. Y en el momento culminante de la Pasión, estuvo fielmente al pie de la Cruz, donde fue designada Madre de la Iglesia y Madre nuestra a través de la persona del evangelista y apóstol San Juan (Jn 19,25-27). Ella sería también la primera en alegrarse de la Resurrección de Cristo, según la Tradición de la Iglesia, y permanecería con los Apóstoles como Madre de la Iglesia hasta que fuera asunta al Cielo, siendo asociada de esa manera a la culminación de la Redención de Cristo, y desde allí intercede por nosotros como Abogada y Medianera de todas las gracias, como el “Acueducto” (en palabras de San Bernardo y otros autores medievales) por el que nos llegan las gracias.

María sufrió una verdadera “Compasión” en la Pasión de Cristo: padeció *con* Cristo. Los autores medievales y los monjes cartujos hablan de este misterio: la “Compasión de María”; y especialmente lo contemplan en la imagen de la Piedad o “Quinta Angustia”, de la Virgen con Cristo muerto en sus brazos, recién descendido de la Cruz antes de sepultarlo en el Sepulcro. ¡Qué magnífica es esta imagen, tal como la

podemos contemplar en el Valle de los Caídos recién y debidamente restaurada! ¡Qué profundamente toca el alma la contemplación de la imagen de la Piedad!

El Beato Juan Pablo II, que será próximamente canonizado, ahondó en varias ocasiones en el sentido trascendente del dolor y el sufrimiento. En su propia persona, la clave de su vivencia profunda de esta experiencia amarga, pero enriquecedora y capaz de transformarse en fuente de gracia y salvación, nos la da sin duda la escueta pero profunda y riquísima oración que compuso y rezó el 17 de mayo de 1981, después del atentado que sufrió en la Plaza de San Pedro de Roma: “Unido a Cristo, Sacerdote y Víctima, ofrezco mis sufrimientos por la Iglesia y por el mundo. A ti, María, te digo de nuevo: *Totus tuus ego sum* (Soy todo tuyo).”

Unos años después, en 1984, publicó su Carta Apostólica *Salvifici doloris*, que es un magnífico compendio de la doctrina cristiana acerca del sentido y del valor del sufrimiento. En ella podemos oírle decir que “el sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la Humanidad la fuerza de la Redención. En la lucha *cósmica* entre las fuerzas espirituales del bien y las del mal, de las que habla la carta a los Efesios (Ef 6,12), los sufrimientos humanos, unidos al sufrimiento redentor de Cristo, constituyen un particular apoyo a las fuerzas del bien, abriendo el camino a la victoria de estas fuerzas salvíficas”. “El sufrimiento es también una llamada a manifestar la grandeza moral del hombre, su madurez espiritual. De esto han dado prueba, en las diversas generaciones, los mártires y los confesores de Cristo, fieles a las palabras: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla»”. De este modo, “el sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas”. Es así grandioso observar cómo “los manantiales de la fuerza divina brotan, precisamente, en medio de la debilidad humana. Los que participan en los sufrimientos de Cristo conservan en sus sufrimientos una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo y pueden compartir este tesoro con los demás” (SD 22 y 27).

Sólo desde la Cruz de Cristo, que nos permite ascender al misterio de Dios, es posible descubrir el misterio del dolor. El mismo Papa lo dijo: “La Cruz de Cristo arroja de modo muy penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque mediante la fe lo alcanza junto con la Resurrección”. “Las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetradas por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la Cruz de Cristo. En esta concepción, sufrir significa hacerse particularmente receptivos, particularmente abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios, ofrecidas a la Humanidad en Cristo”. “Para poder percibir la verdadera respuesta al *porqué* del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el *porqué* del sufrimiento, en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino” (SD 21, 23 y 13).

Ahora bien, lo más precioso para el discípulo de Jesucristo, no es tanto alcanzar una comprensión racional del sufrimiento, sino fundamentalmente participar de su Cruz uniendo los propios dolores a los suyos con un sentido de expiación, de reparación y de redención. Con el modelo de María, con lo que nos dice San Pablo y lo que nos enseña Juan Pablo II, podemos asociarnos a la Pasión de Cristo: yo mismo puedo convertirme en su colaborador en la obra redentora de su Pasión, Muerte y Resurrección. Jesús me invita a seguirle, a imitarle y a unirme a su Pasión; me mira fijando en mí su mirada con

amor y me dice, como al joven rico: “sígueme, cargando con la cruz” (Mc 10,21); “si alguien quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome a cuestas su cruz y sígame” (Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23: San Lucas dice “tome a cuestas su cruz cada día”).

San Rafael Arnáiz, monje cisterciense, fue un joven pero muy maduro maestro del misterio de la Cruz vivido en intimidad de amor a Jesús y padecido en primera persona en unión estrecha con Él, en comunión redentora con el Redentor, por la durísima enfermedad que sufrió y que le llevó a la muerte. En marzo de 1938, después de tantas renunciadas a ilusiones suyas y ya en su terrible enfermedad (una diabetes que le terminaba causando dolores ardientes), cuando se aproximaba la hora de su muerte, que esperaba con ansias de eternidad, era capaz de decir:

“¡Ah, Señor, nada quisiera saber ni escuchar... sólo Tú, Señor, sólo Tú!
Nada me llena, nada desea mi alma... ni aún gozar, ni padecer... sólo desea amar con locura, sólo se llena del pensamiento de Ti... ¡qué ansias tan grandes, Señor! [...]
Sólo en el silencio de todo y de todos hallo la paz de tu amor... sólo en el humilde sacrificio de mi soledad hallo lo que busco... tu Cruz... y en la Cruz estás Tú, y estás Tú solo [...].
Señor Jesús, mírame a tus plantas adorando tu agonía, besando tus llagas, limpiando con mi dolor tu Divina Sangre... cómo quisiera, Señor, morir a tus plantas de amor [...].
¡Señor, quisiera morir de amores a los pies de tu Cruz!”

No mucho después, el 3 de abril del mismo año, que era Domingo de Pasión, decía:

“Saborea la Cruz [...]
¡Ah! Señor Jesús, qué feliz soy... he hallado lo que desea mi alma. No son los hombres, no son las criaturas... no es la paz, ni es el consuelo... no es lo que el mundo cree... es lo [que] nadie puede sospechar... es la Cruz...
¡Qué bien se vive sufriendo... a tu lado, en tu cruz... viendo llorar a María!
¡Quién tuviera fuerzas de gigante para sufrir!
Saborear la Cruz... vivir enfermo, ignorado, abandonado de todos... sólo Tú, y en la Cruz... qué dulces son las amarguras, las soledades, las penas devoradas y sorbidas en silencio, sin ayuda... qué dulces son las lágrimas derramadas junto a tu Cruz.
¡Ah! ¡si yo supiera decir al mundo dónde está la verdadera felicidad!
Pero el mundo esto no lo entiende ni lo puede entender, pues para entender la Cruz hay que amarla, y para amarla hay que sufrir; mas no sólo sufrir, sino amar el sufrimiento... y [en] esto, qué pocos, Señor, te siguen al Calvario...
Quisiera, Jesús mío, suplir yo lo que el mundo no hace... quisiera, Señor, amar tu bendita Cruz con toda el ansia que el mundo entero no pone y debiera poner si supiera el tesoro que encierran tus llagas, en tus espinas, en tu sed... en tu agonía, en tu muerte, en tu Cruz...
Quién me diera sufrir junto a tu Cruz, para aliviar tu dolor.”

Quien esto vive, es capaz así de exclamar con el Apóstol San Pablo: *Confixus sum cum Christo in cruce*: “Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal 2,20).

Toda esta vivencia, que llega a unirnos a Cristo, nos permite además penetrar en lo más íntimo de Él, descubrir el Corazón de Jesús a través de la herida de su Costado abierto. Nos dice el Apóstol y evangelista San Juan, testigo directo, que, según la costumbre romana, fueron los soldados a quebrar las piernas de los dos malhechores para darles muerte, “mas a Jesús, cuando vinieron, como le vieron ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino que uno de los soldados con una lanza le traspasó el costado, y salió al punto sangre y agua. Y el que lo ha visto da testimonio, y su testimonio es verídico, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Pues acontecieron estas cosas para que se cumpliese la Escritura: «No le será quebrantado hueso alguno» (Ex 12,46; Num 9,12). Y asimismo otra Escritura: «Verán al que traspasaron»” (Zac 12,10) (Jn 19,32-37).

Jesús lo ha dado realmente todo en la Cruz: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Ha muerto por mí y, al quedar traspasado su Costado por la lanza, ha dejado abierto su Corazón para mí. Ahora puedo penetrar por la herida de su Costado abierto y profundizar en su Corazón de Amor, en el mismo Amor de Dios hecho hombre por mí, para redimirme.

El culto del Corazón de Jesús no es mera sensiblería beata de épocas pasadas, como muchas veces se ha querido decir, quizá en parte también por algunas desviaciones y malentendidos. Bien al contrario, y como han recordado varios Papas de la época contemporánea, en el Corazón de Jesús está simbolizado todo el Amor de Dios, de un Dios que por amor a los hombres ha querido encarnarse para redimirles del pecado y devolverles la dignidad perdida. En el Corazón de Jesús está expresado el supremo amor del Redentor, un amor capaz de entregarse hasta la muerte. Y es que Jesucristo, Dios hecho hombre, ha querido hacer a todos los hombres sus amigos; más aún: sus hermanos, pues por Él hemos obtenido la filiación divina, el ser hijos de Dios (Ef 1,4-5; Rom 8,15; Gal 4,6).

En la herida de su Costado, por la que puedo llegar a su Corazón, Cristo me descubre que la vía de su Humanidad me permite llegar a lo íntimo de su Divinidad: penetrando por la llaga de su Costado, puedo alcanzar su Corazón y sumergirme en la inmensidad del Amor divino. Santa Teresa de Jesús insistía con frecuencia en que por su Humanidad podemos conocer y acceder a la Divinidad.

El mismo San Juan, en la Última Cena, ya había reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús (Jn 13,23.25; 21,20), enseñándome así a dejar reposar mi vida en Él y escuchar los latidos de un Corazón que arde de amor hacia mí. Si yo comprendiera de verdad, y no sólo en teoría, el amor infinito que late sintetizado en el Corazón de Jesús y que sólo me está pidiendo corresponderle con todo mi amor, viviría más en paz con mis hermanos. Si amo de veras a Jesús, aun en medio del sufrimiento, me sentiré lleno de alegría y transmitiré esa alegría a mis hermanos.

Cabe recordar algún texto del Beato Bernardo Francisco de Hoyos, jovencísimo jesuita que con sólo 22 años (mayo de 1733; murió ya sacerdote en 1735) recibió la “Gran Promesa” del Corazón de Jesús, referida especialmente a la difusión de su devoción: “Reinaré en España y con más veneración que en otras partes”:

“Convidaba el Divino Amor Jesús a mi corazón se metiese en el suyo por aquella herida [del Corazón de Jesús], que aquél sería mi palacio, mi castillo y muro de todo lance. Y, como el mío aceptase, le dijo el Señor: «¿No ves que está rodeado de

espinas y te punzarán?» Que todo fue irritar más al amor que, introduciéndose en lo íntimo, experimentó eran rosas las espinas. [...] Recogida toda el alma en este camarín celestial, decía: «Éste será mi reposo para siempre; aquí habitaré donde he deseado y elegido» (Sal 131,14). Dióseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino que por mí las gustasen otros. Pedí a la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos; y pidiendo esta fiesta en especial para España, en que ni aun su memoria parece hay de ella, me dijo Jesús: «Reinaré en España y con más veneración que en otras partes» (14-V-1733). En este punto, recordemos aquellas palabras esperanzadoras que el mismo Corazón Sacratísimo dijo a Santa Maravillas de Jesús en el Carmelo de esta localidad cuando le pedía realizar la fundación del Cerro de los Ángeles: “España se salvará por la oración”.

A la medida de nuestras posibilidades, haciendo todo esto personal, para cada uno de nosotros, para mí, puedo así penetrar en el Corazón de Jesús, contemplar allí dentro el amor de Dios a mí mismo y a todos los hombres, ofrecerme a Él con mis padecimientos y gozarme de su compañía, y especialmente consagrarme a la extensión de su culto, con agradecimiento por tanto amor derramado en su Pasión y Muerte redentoras, que en la próxima Semana Santa celebraremos.

Que la meditación de todos estos misterios nos lleve, en consecuencia, a vivir la Semana Santa en una dimensión contemplativa, orante, incluso mística. Que no nos quedemos en la superficie, en la belleza estética, en lo meramente sentimental, sino que todo ello y precisamente a través de ello podamos descubrir el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, el misterio de nuestra Redención, el misterio del Amor desbordante e infinito de un Dios hecho hombre para levantarnos hasta Él.